Tom. 1. Num. 11. — 81 — 11 de junio de 1843.

LA RISA,

ENCICLOPEDIA DE ESTRAVAGANCIAS.

¡DIOS SALVE A LA RISA! Siguen lloviendo reclamaciones á esta redaccion de los números que no llegan á manos de nuestros amados suscritores. Nosotros los mandamos todos con el mayor cuidado. Quién los roba? Quién debe remediar este abuso que acabará con todas las empresas literarias? **¡DIOS SALVE A LA RISA!**

A FR. GERUNDIO.

Reverendísimo Padre: al verle sacudir el polvo de los hábitos, acomodarse las mangas y la capilla, y echar mano al hisopo para conjurar los espíritus malignos, todos los hermanos que componen la comunidad de *la Risa* le desean mil prosprosperidades, y recomiendan desde ahora vuestro seráfico celo, si es que de recomendacion necesitan las festivas producciones de Vuestra Reverencia, cuyo estraordinario mérito es reconocido y apreciado dentro y fuera de España. De todos modos, con el afecto mas sincero y por lo que pueda valer, exhortamos á todos los pecadores, se animen á depositar en vuestra reverendísima manga la corta limosna de *ocho* rs. al mes en Madrid, *diez* en las provincias y *veintiocho* por trimestre para adquirir vuestros santos ejercicios, que desde el 5 del presente mes verán la pública luz cada cinco dias con el auxilio y misericordia de Dios.

Pero permita, Reverendísimo Padre, que con toda eficacia le supliquemos no abandone á sus hermanos de *la Risa*. Por las llagas de su padre san Francisco acuérdese de estos míseros penitentes, que sin su colaboracion quedarian cual descarriadas ovejas á merced de las tentaciones del demonio. Declare á los fieles en sus santas publicaciones, que para solaz de sus graves tareas nos favorecerá de vez en cuando con alguna produccioncilla á la manera de la de *Calvas y Pelucas* que publicó *la Risa* en su n.° 8. y que tan merecidos aplausos ha granjeado á Vuestra Paternidad Reverenda. Declárelo así en obsequio del acendrado afecto que le profesamos, y recomiende en sus sabias páginas las páginas de *la Risa*, si es que de su preciosa recomendacion le parecen ellas merecedoras.

Tampoco quisiéramos que vuestro apreciable lego echase la memoria de nuestro *Ambigú* en manga rota. En él se hace soberbio chocolate y á *Tirabeque* lo mismo que á Vuestra Paternidad Reverendísima, se lo dará nuestro amabilísimo cocinero con esquisitos bollos, siempre que favorezcan con su presencia el *Ambigú* de *la Risa*, donde hay ademas para los buenos amigos, abundantes provisiones de cuanto Dios crió.

Con este motivo, hermano *Fr. Gerundio*, me repito de V. P. M. R. atento obligado servidor. Q. V. M. B.

A nombre de la Comunidad de *la Risa*.

Wenceslao Ayguals de Izco.

EL BORRACHO.

De una puerta al gironcillo
por dó la luz se colaba,
un borracho procuraba
encender su cigarrillo

Y esponiéndose á un catarro,
segun la noche era fria:
¿qué demonios, repetia,
tiene el *endino* cigarro?
Y tornaba á refregar,
y él rebelde á nunca arder:
que era el modo de encender
cosa de nunca acabar.
Por fin lanzóle con furia
dando un mímico traspiés,
terció la capa al revés
y renegó de la *curia*.
Voló el cigarro sin alas
de un sereno á la nariz:
«gracias» dijo el infeliz,
si bien las tengo por malas.

Chirlo-mirlo y coge-gallos
iba mi hombre por las losas,
haciendo esos primorosas,
muertos de risa sus callos.
Y á una torre que yo sé,
balbuciendo le decia:
tiene esta torre manía
de estarse siempre de pié.
¿Porqué no se sentará
este demonio de torre?
mira, mira como corre
la casa de mas allá!
Pues es que le faltan piernas
de Buena-vista al palacio...
despacio, chico, despacio,
que romperas las tabernas.
Como bailan rigodones
vestidas de telerañas,
castañeras y castañas,
hornos, fuelles y cajones!
A bien que estamos de páscuas
y cosas del tiempo son
caramba! qué tropezon!
si voy andando sobre áscuas...
Echame acá la sarten
y haremos pisto, Colasa:
calle! no queda una casa
que no se marche tambien.
Abreme la puerta, esposa,
que mi casa vá llegando:
que si quieres... estimando...
hasta mas ver alevosa!

La ronda en esto llegó
preguntándole ¿qué hacia?
—¿Qué hago?—Si.—¿Lo que hago yo?
aguardo, pues no pasó,
que pase la casa mia.
—¿Qué casa, ni qué asno muerto?
retírese á descansar
de borrasca y tome puerto.
—Que me place, el encubierto,
cuando acabe de pasar.
—Ea despeje el muy borracho,
sino quiere dar que hacer
con su mona y su desfacho.
—¿Qué dice V. de gazpacho?
no vale para beber.
Un torrezno es mi costumbre,
ó media sardina sola
y hay *tope* de media azumbre....
—Calle la hez, la podredumbre
de la nacion española.
En la cárcel dormirá.
—No dormiré—¿Como no?
—No señores—Voto vá...
se lo juro!—Tambien yo.
—Se verá—Pues se verá.
—A chirona y vivo!—Iré.
—Vivo, he dicho—¿Voy yo muerto?
—Dormirá en ella ¿lo vé?
Pues señor no dormiré,
porque me estaré despierto.

VICENTE ALVAREZ MIRANDA.

¡EL UNO PARA EL OTRO...!

CUENTO ESTRAVAGANTE, ROMÁNTICO É INVEROSIMIL.

Era el año 33. Era el pueblo de Alaejos y eran amantes Venancio y Dorotea, van tres mentiras justas y cabales porque ni eran amantes Dorotea y Venancio, ni era en el pueblo de Alaejos, ni era en el año 33. La aurora de la guerra despuntaba en el horizonte de Navarra. Esta es tanta verdad como que el cáncer de la paz amaneció en el abrazo de Vergara. Aurora dá siempre idea de lo bello y cáncer de lo horrible, yo me entiendo y bailo solo. El estampido del cañon retronaba en las orejas de los pacíficos moradores de Alaejos. Esta si que es gorda. Desde Alaejos hasta donde sonaron los primeros cañonazos hay lo menos sesenta leguas; pero ellos digeron que lo oian y ¿qué sabemos? puede que los vecinos de este pueblo tengan mejores oidos que nosotros, porque asi como nacen algunos sordos como una tapia, que no oirian una descarga de fusil á 15 pasos, puede que nazcan otros de tan buen oido que á su lado parezcamos sordos los que no lo somos, y no dudo por este principio que los Alaejanos oyeran los tiros de Navarra si se cumple esta proporcion geomé-

trica; un sordo, es á uno que no es sordo, como nosotros á los habitantes de Alaejos.

Venancio fué de los primeros que sintieron el crujir del bronce atronador como dicen los poetas. Valiente como su padre (su padre enfermó de susto y murió de miedo) sintióse con ánimos Venancio para tiritar de canguelo á los primeros síntomas de guerra. Creíanle unos servil y otros liberal: el era del partido que no le hiciera tomar las armas durante la campaña y del que saliera victorioso en concluyendo. Miró con tedio por consiguiente el restablecimiento de las libertades patrias y declaróse un carliston como una loma. Esto era en Alaejos; para hacerle liberal hubiera bastado llevarle á las órdenes de Zumalacárregui. En fin á cada uno le tienta el demonio por distinto lado, unos se chupan los dedos de frio y otros de gusto. Venancio se los chupaba de miedo. Pensó en casarse y lo consiguió. El matrimonio es el empleo mas facil de alcanzar. El que se empeña en ser obispo no siempre lo consigue porque no siempre hay proporcion. No todos los que quieren mandar un regimiento lo logran por que no siempre hay vacante; pero el que se empeña en ser ministro ó casado se sale con la suya, y esto consiste en que no hay cosa mas de sobra en el dia que mugeres y sillas ministeriales.

Pero hasta en esto era Venancio original. En toda tierra de garbanzos el que no se casa por amor, se casa por el interés. Venancio aunque se casó en Alaejos, que es tierra de garbanzos, ni se casó por el interés ni por amor tampoco. Venancio se casó por miedo á las quintas.

Frente á la casa de Venancio vivia Dorotea, huérfana de padre y madre con un capitalito decente (en los lugares el de 500 rs. es aristocrático) y con un esterior que tenia alborotados á todos los jóvenes de cinco leguas en contorno. La pobre chica tambien casó por miedo, pues como jóven y sin amparo de nadie la daba una pena de dormir sola que ya, ya! Sabia Venancio que le tenia aficion porque él era lo que se llama un buen mozo y zás! como quien no quiere la cosa la envió una carta que decia. «Amiga Dorotea: ya habrás advertido que no me pareces saco de paja, mi salud buena á Dios gracias. Estoy hecho un camello por tus pedazos, dime si me quieres y tan amigos como de antes.—Venancio.» Dorotea le contestó. «Amigo Venancio. Solo á un bruto animal como tú se le ocurre el no haberme dicho antes algo con tanto tiempo como hace que nos conocemos. Yo te amo; pero si hubiera venido otro antes que tú, no hubiera podido resistir á la tentacion de llamarle esposo. Que el que fué á Sevilla perdió la silla, y el que no llora no mama, y mas vale llegar á tiempo que rondar un año. Yo buena para lo que gustes mandar.—Dorotea.» Dicen que una mala moza siempre lleva un buen mozo, y al revés un mal mozo siempre consigue una buena moza. Aquí mintio el adagio; porque si Venancio era un chico como unas perlas, Dorotea era una criatura como un sol. Cuando iban camino de la iglesia decia la gente: Dios les haga bien casados; parece que han nacido el uno para el otro.

No me detendré en los pormenores del enlace ni en los de la gran comilona que caracteriza á las bodas de los lugares, ni hablaré del baile de aquella tarde en ruda sala, de ruda concurrencia, con castañuelas rudas y al son de ruda pandereta. Allí se baila por la tarde, y aquí por la noche: en esto somos nosotros mas rudos que ellos. Bien se conoce que Madrid no es buena tierra para garbanzos como Alaejos, porque la noche en toda tierra de garbanzos se ha hecho para dormir ó por lo menos para acostarse. Asi lo hicieron los recien casados y no hicieron mal, porque á no haber aprovechado el tiempo no hubieran disfrutado las delicias de himeneo.

A Dios prenda, dijo Venancio por la mañana estampando un beso en la rubicunda frente de la angelical Dorotea—¿Tan pronto te vas querido Venancio?—Si, esposa mia: voy al majuelo de mi tio Farruco por una cesta de ubas para tí. No tengas cuidado que pronto vuelvo; ya sabes que hemos nacido el uno para el otro.—Si, el uno para el otro, murmuró la soñolienta Dorotea y puso en la mullida almohada el carrillo derecho dejando ver una garganta fresca como la nieve eclipsada á intérvalos por la destrenzada cabellera que daba gana de enviar al otro mundo en busca de Rafael por no privar á la gloria artística de una virgen mas.

Nunca desaparecerán de los pueblos ciertas creencias rancias que los padres van legando á los hijos como legan su nombre y sus haciendas. Dorotea soñó y el sueño de Dorotea fué tan romántico y fantástico que dejo la tarea de describirle á los amigos Gutierrez y Zorrilla. Yo diré lisa y llanamente que Dorotea soñó con una muger seca como un espárrago, calva hasta el cogote, ojos vizcos desiguales y en forma de ángulo, nariz honda por arriba, alta por en medio y con el pico de punzon, boca larga hasta las orejas, pero escondida ácia el medio porque la punta de la barba y la de la nariz parecian enamoradas, pues, siempre se iban besando; los carrillos tan chupados que se la podian sacar las muelas sin abrir la boca y tan trasparentes que metiéndose una cerilla encendida y cerrando los labios podia su boca servirla de linterna. Con las cejas se podia hacer

tirabuzones y aun rodetes y las orejas eran tan pequeñas que nadie la haria caso aunque apostara una oreja. Soñó, pues, Dorotea que esta muger era bruja y cuando supo que se llamaba la tia Calesparra ya no dudó que al salir de la iglesia ó les habia hecho mal de ojo á ella y á su marido ó les habia echado una maldicion horrible. Un miedo sobrenatural se apoderó de su mente y de un salto se plantó entre la sala y la alcoba. Alli vagaba una sombra que habiendo entornado las maderas clavaba sus ojos echando chispas en los de la espantada Dorotea. Oyes, dijo á la recien casada poniéndola sobre los hombros las descarnadas y huesosas manos. Tu marido ya no existirá! y se deslizó por el callejon de salida dejando á la muchacha petrificada. Cuando volvió en sí, no supo decir mas que ¡él no existirá! me lo ha dicho la tia Calesparra! No, no habíamos nacido el uno para el otro.

Ocho dias pasaron sin que Venancio volviera á casa. Ya en el pueblo se habia divulgado la causa de su ausencia. Una partida de facciosos le cojió en el majuelo cuando iba por ubas para su muger; pero nada se decia de su paradero. Dorotea erre que erre en que la tía Calesparra tenia la culpa y se fué á buscarla decidida á darla una puñalada. Llamó una vez, llamó dos, llamó hasta cuatro veces á la puerta de la tía Calesparra y viendo que nadie respondia, se dirijió á la ventana para hacer lo mismo. Las ventanas de los lugares no tienen vidrieras, lo mas que suelen ponerlas es un encerado de papeles para que no entre el viento. El encerado de la tia Calesparra era un número del *Eco del Comercio* y dió la casualidad que Dorotea fijase la vista en el siguiente epígrafe: *Desgracias en Alaejos*. Dos lágrimas como dos luceros cayeron de los ojos de Dorotea: sacó el pañuelo, se enjugó los párpados y leyó con avidez. « Una partida de facciosos se ha llevado á un jóven recien casado de la villa de Alaejos. Dícese que habiéndole instado á que tomara las armas y no queriendo él servir á tan mala causa murió fusilado á pocas leguas; la muger está en la mayor afliccion: la *Gaceta* de ayer trae mas pormenores del suceso. » Un frenesí mortal se apoderó de la presunta viuda: en el delirio de la desesperacion llevó las manos á sus ojos y clavando sin piedad las uñas rasgó los párpados dejando colgar el pellejo desunido hasta cerca de la mejilla. Un calenturon espantoso la acometia en aquel momento y cuando á las cuarenta y ocho horas quedó despejada su cabeza, se encontró con todo el cuerpo y la cara hecha una plaga de viruelas.

Volvamos á Venancio. Efectivamente los facciosos le quisieron fusilar; pero él viendo que iba de veras se vino á razones y se plantó su boina y la canana, y en esta situacion le tenemos en las cercanías de Oñate. La tia Calesparra que comerciaba en higos habia salido de casa el dia que Dorotea llamó á su puerta, y porque casualidad no la toca á la supuesta bruja vender una libra de higos al faccioso Venancio. ¡Tia Calesparra! dijo este tendiéndola los brazos, déme V. noticias de mi querida Dorotea. Pero el sentimiento no la dejaba respirar á la pobre vieja, y llora que te llora se marchó de allí sin decir palabra, dejando á Venancio los higos en un papel envueltos. Quedó el faccioso desconsolado y pensando en que el silencio de la tia Calesparra daba á entender la muerte de su esposa, y para echar el susto fuera desló el cucurucho y se puso á comer higos. El papel del cucurucho era la *Gaceta* de Madrid. Ansioso de noticias empezó á leer: *Actos del gobierno. — Noticias estrangeras—.Cronica de las provincias. — Desgracias en Alaejos*. Aqui tiró el higo que tenia en la boca, se limpió el polvo de los ojos y leyó con ansiedad «No se sabe el paradero de un jóven recien casado que hace pocos dias cayó en poder de los facciosos. La muger ha muerto de sentimiento y fue enterrada al dia siguiente.» ¡Pobre Venancio y pobre Dorotea! ya estan muertos el uno para el otro. Los periódicos son en todo el mundo, la mentira impresa. A sacar por ellos la cuenta de nuestros triunfos en los siete años de guerrra civil, el número de facciosos muertos, ascenderia á quinientos ó seiscientos mil; el de los heridos á un millon; el de los prisioneros á media España, y en esto no van descaminados por que en España hace ya tiempo que todos somos prisioneros. Lo cierto es que los periódicos mienten sin licencia de Dios, y ellos tienen la culpa de que Dorotea y Venancio creyéndose viudos tomaran el tole por esos mundos en un vértigo de locura.

Ocho meses y medio habian trascurrido. A pocas leguas de Alaejos hay un monte y en el monte un convento que llamaban de los frailes de Aniago. En este convento habia encontrado colocacion el desertor Venancio que tenia media nariz menos y una porcion de cuchilladas en toda la cara. Habíase ademas dejado crecer la barba de modo que en nada se parecia el mónstruo demandadero, al galan antiguo de Alaejos. Tenia hecho voto de no volverse á casar si no encontraba muger mas fea que él, para poder merecerla, y el mismo juramento habia hecho Dorotea que habiendo consumido su pobre hacienda andaba de pueblo en pueblo y de puerta en puerta pidiendo una limosna. Ambos se habian mudado el nombre para no ser conocidos de nadie.

Una mañana que el lego repartia la sopa halló el feo ideal de sus ilusiones. Una pobre muger con los ojos saltando de las orbitas, todo el pellejo rasgado y comida la cara por un granizo de viruelas que la habia puesto el cútis hecho una criba, se le presentó con la cazuela en la convulsa mano, implorando de su caridad el preciso alimento. Esta, dijo el ex-faccioso, es la muger que me conviene. ¡Válgame Dios que criatura tan horripilante!—¡Ay que hombre tan feo! dijo la de la cazuela tambien; de buena gana me casaria con él. — El que repartia la sopa se decidió, llamó aparte á la infernal fantasma, y con una vehemencia sin límites empezó su relacion en estos términos. «Muger horrorosa sobre todas las mas horrorosas mugeres: mi corazon apetece una fea; mi espíritu deseaba hallar un escorpion; mis ojos buscaban con anhelo un cocodrilo humano. Tu eres mas fea que todo eso, y por eso te adoro con delirio. Si me quieres seré el mas feliz de los mortales.» Ella respondió. «Grajo sin alas; demonio en figura de hombre; espantajo viviente: yo te idolatro porque en mis ensueños me habia seducido la imagen del javali. Te quiero porque somos los dos entes mas repugnantes de la tierra, y porque si es cierto el refran de *Dios los cria y ellos se juntan*, debemos haber nacido el uno para el otro.» Y al dia siguiente recibieron las bendiciones en secreto. Hacia nueve meses justos que se casaron por primera vez.

Como la muchacha llevaba una bata de andrajos sumamente holgada, no se la conocia el embarazo y lo que parecia era una muger gorda, de esos tinajones que vemos todos los dias, anchos por arriba, anchos por en medio, y anchos por abajo. Si el ex-faccioso ex-lego hubiera reparado en esta circunstancia de seguro no se hubiera casado; y así fué tal su cólera aquella noche, que se acostaron dos y amanecieron tres; que en una borrachera de celos, despues de llevar el chico á la inclusa, cogió una soga, ató á su muger por el pescuezo y echando tambien un lazo á su garganta, se precipitó en el Duero que pasa por allí cerca.

Tragaban agua los esposos como un borracho vino, y hubieran dado cualquier cosa por no tragarla cuando la cosa no tenia remedio. Perdóname muger, dijo el asesino. Quiero confesarte quien soy. Yo me llamo Venancio, nací en Alaejos. ¡Basta, basta! esclamó la pobre esposa. ¡Yo soy Dorotea! — ¡Tú Dorotea!! — ¡Tú Venancio!! y un abrazo y un sorbo de agua privó del sentido á los dos veces esposos. ¡Socorro, socorro! gritaban en la agonia. A este tiempo se apareció una vieja con un gancho y una cuerda, prendió desde la orilla en el vientre de Venancio y tira que tira les pudo sacar á tierra cuando acababan de exhalar el último suspiro. Desde entonces, dice el barquero, que todas las noches se aparece en aquellos contornos el grupo de los esposos abrazados, y sobre una nube densa la tia Calesparra que murmura de cuando en cuando; ¡pobres! ¡habian nacido el uno para el otro!

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

¡ANGELITO!

Es el mas bello
de los placeres
tener un niño
de pocos meses,
que si no mama,
que si no duerme,
se desgañita
llorando siempre.
Aunque le muden
una y mil veces,
los pañalitos
al *inocente*,
siempre está húmedo
mi pobre nene,
y no es á rosas,
ni es á claveles,
ni es á jazmines
á lo que huele.
No es que tan solo
babas le cuelguen;
que al darle un beso,
arrojar suele
por la boquita
copiosa leche:
y si en sus brazos

uno le mece,
el angelito
hace que llueve.
Y por la noche?
como él empiece
su cancioncilla,
no es tan endeble
su voz aguda
que no despierte
á cuantos cerca
del niño duermen.
Y el parvulillo
es tan rebelde,
que ya no hay mimos
que le sosieguen.
Canta su madre
mal que le pese;
le da la teta
y él no la quiere,
hasta que el padre
se alza y enciende
la vela.... entonces
ven al pobrete
que está abismado
en una peste!
La madre dice;
«mira, Gimenez,
dame un poquito
de agua caliente
y los pañales
del cajon ese.»
Anda en camisa
Don Nicomedes
y le tiritan
dientes con dientes
que es buen marido,
y así entretiene
las noches frias
de lluvia y nieve.
No cabe duda
que es un deleite
pasar los ratos
tan dulcemente!
¡Qué socorrido
es el lance este!
Al que con niños
se acuesta y duerme,
ya el refran dice
lo que sucede.
Son diversiones
de las que tienen
gracia, bemoles,
y pelendengues;
por eso digo
que aunque moleste
mi taravilla,
repito siempre:
que es el mas bello
de los placeres
tener un niño
de pocos meses.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

A D. JUAN MARTINEZ VILLERGAS,

en contestacion á su soneto inserto en el núm. 6.° de LA RISA.

Antes de responder á tu dilema,
voy á contarte un cuento, amigo mio,
que viene á pelo: escúchalo y ten flema.
Era una noche del invierno frio,
de aquellas que á la córte de Castilla
á puro diluviar la vuelven rio.
Que tal es el invierno en esta villa;
ó ha de helar, si no llueve, hasta lo sumo,
ó llover, si no hiela, á maravilla.
Vaya por el vapor en que presumo
se resuelve Madrid en el verano,
segun de lejos se divisa el humo.
Porque tal es tambien el cancro insano
en la córte del fraude y las dobleces,
albergue del judio y del cristiano,
Que nos frie, despues de hacernos peces,
con treinta y cuatro sobre cero; altura
á que Villergas se remonta á veces.
Pero volvamos á la noche oscura
de que esta digresion me iba apartando,
objeto ya de clásica censura.
Estaba, como digo, diluviando,
y el café de la Bolsa en que me hallaba
tambien de gente estaba rebosando.
Gente que allí del cielo se abrigaba,
y como por vengarse de la lluvia
el cuerpo por adentro remojaba.
Acercóseme á mí con barba rubia
un hijo de la pluma y de la tinta,
de rostro en pecas cual pintada aluvia.
Larga melena, proporcion sucinta,
ojo triste, ancha sien, perfecta norma
de un gran poeta con el genio en cinta.
Vióme, y al verme preguntóme en forma,
con un acento moribundo y triste
como plegaria de espirante Norma.
¿Qué hace aquí vuesarced? ¿Cómo no asiste
á la gran discusion del Ateneo,
donde no hay orador que no se aliste?
¡Linda noche en verdad para un paseo,
respondí yo á mi incógnito! ¿Quién sale
con ese chaparron y este manteo?
Esa objecion, me dijo, nada vale,
porque está el Ateneo aquí contiguo,
y andar podeis sin que la lluvia os cale.
Como era forastero, y nada antiguo
en la córte yo entonces, no sabia
del café y Ateneo el lazo ambiguo.
Llenóme la noticia de alegria,
y mas sabiendo que Alcalá Galiano
en la tal discusion hablar debia.
Quiero oir, dije entonces, á ese hermano,
que por Dios vale un mundo su elocuencia,
y he de argüirle como soy cristiano.

—¡Vos entrar con Galiano en competencia!
¿Sabeis que no hay contrario que resista
á su inmenso raudal de labio y ciencia?
—Lo sé, repuse, pero soy pleitista,
y quiero al pleitear con ese sábio
de sus laureles aumentar la lista.
Acompañadme allá, si no os agravio,
y vereis en el curso del debate
si tengo yo tambien facundia y labio.—
Fuimos, pues, á la arena del combate,
no sin creerme mi Mentor y guia,
poco menos ó mas, loco á remate.
Martinez de la Rosa presidia
el consistorio ilustre, y mesurado
de la cuestion el tema proponia.
«Trátase, dijo, un punto delicado,
digno de todo el tino y todo el seso
que tiene el Ateneo acreditado.
¿Favorece la crítica al progreso
del genio creador, ó le es contraria?
tal el dilema es: hable el congreso.
¡Magnífica reyerta literaria!
dije yo para mí; si soy vencido,
consiento que me envien á Tartaria.
Útil siempre la crítica he creido,
si es razonada, como serlo debe;
sus! no hay remedio; la palabra pido.
Así decia yo, cuando se mueve
un ruido en el salon, que no me deja
el pró tomar á que mi voz se atreve.
Era *un quidam que entraba*, enjerto en vieja,
de atravesada vista y mal talante,
malo ¡Dios mio! de zapato á ceja!
Era Alcalá Galiano el tal entrante,
y entraba precedido del prestigio
que arrolla cuanto encuentra por delante.
Yo le ví cual vision del lago estigio,
y admirándole dije; ¡ciertamente
que persuadir tan feo es un prodigio!
Confieso que á su entrada impertinente
un como miedo espeluznóme, miedo
natural, dice Ercilla, en el valiente.
Mas como el serlo y el tener denuedo
consista, como dice el mismo Ercilla,
en dominar el susto y darle un bledo,
¡Fuera, dije, de mí la pesadilla!
y oido lo que diga el buen Galiano,
soltaré yo despues mi taravilla.
Habló en efecto el orador, y ufano
de su acento gachon haciendo alarde,
entre burlon, sarcástico y galano.
«La cuestion, esclamó, que aquesta tarde
agita el Ateneo, es algo séria,
mas no tal que amedrente ó acobarde.
«Yo no tengo opinion en tal materia,
y esto supuesto, me parece justo
ver antes lo que venden en la feria.
«Quiero decir, señores, que es mi gusto
dejar hablar á ustedes, para luego
ver yo á que voto ó parecer me ajusto.
«Y porque mas accedan á mi ruego,
sepan ustedes que si acaso dicen
que la crítica es útil, yo lo niego.
«Mas si ustedes despues se contradicen,
digo entonces que es útil, necesaria,
y que es iniquidad que la hostilicen.
«Con que á empezar la justa literaria,
y emitan su opinion sea cual fuere,
pues desde luego estoy por la contraria.»
Un rumor, cual de céfiro que hiere
la agitada palmera, allí se escucha
cuando Galiano su final profiere.
Nadie se atreve á inaugurar la lucha
con quien así las da como las toma,
y es capaz de probar que el barbo es trucha.

«¿Que tal, me dijo mi Mentor, la broma?—
Digo á usted que contunde el tal Galiano,
y que es un andaluz como una loma.
—¿Con que no riñe usted?—¡Dios soberano!
Primero que con él, consentiria
inaugurar la lid con un alano.
Con que déjeme usted y no se ria,
pues cuando todos callan, no es cordura
que acepte yo la bélica porfia.»
Martinez de la Rosa que en tan dura
posicion contemplaba al Ateneo,
cual se puede inferir de tal diablura,
Como oyera mi voz en el Liceo
discutiendo tal vez en otros casos,
de oirla entonces indicó el deseo.
«Den otros, dije, los primeros pasos
en aquesta cuestion, que es peliaguda,
y yo me adhiero á los soldados rasos.»
Sonrió el presidente, y fué sin duda
por lo mismo que yo, viendo en tal trance
del consistorio aquel la lengua muda.
Lo demas sucedido en aquel lance
¡oh Villergas! escede ya mis fuerzas,
y esto basta ademas para tu alcance.
Tu con sonetos á reñir me esfuerzas,
y en la cuestion que me propones, dices
que si yo digo nabos, diràs berzas.
Anda otra parte á desplumar perdices,
que yo no gusto de enviar pelota
que me puede volver á las narices.
Saca la tuya, y yo veré cual bota,
y veremos si tu me desnarigas,
ó yo te dejo con la trompa rota.
Pero mira el empeño á que te obligas,
porque yo te he de hablar, como Galiano,
contradiciendo lo que tú me digas.
Y este es mi gusto, y ten paciencia hermano,
que en juego de pelota es admitido
al que le retan, renunciar la mano.
Yo, pues, renuncio la que me has cedido,
porque te quiero ver echar el resto
en la gracia que Dios te ha concedido.
Tenme por tanto á combatir dispuesto,
y á oponer mi sofisma á tus razones,
que en este mundo lo que gusta es esto.
Yo *quiero que las últimas regiones*
admiren mi talento sin segundo
en hacer la verdad pares ó nones:
Que eso de ser razonador profundo,
sobre gastar las fuerzas de la mente,
no es prenda amigo, que agradece el mundo.
Animo, pues, y empieza; que la gente,
nuestra lucha esperando, está indecisa;
pero elige otro metro diferente,
que este es pesado ya para la *Risa*.

MIGUEL AGUSTIN PRINCIPE.

AMBIGÚ.

Menestra de queso.

En el fondo de una cazuela que aguante el fuego se tiende una capa de queso cortado menudamente, mezclado con pedacitos de manteca de vaca; en seguida se pone otra capa de pan en rebanaditas, y se sigue asi alternativamente, concluyendo por otra de queso y de manteca; se echa encima caldo caliente de carne ó de vigilia, dejándolo todo al fuego hasta que se tueste y evapore casi todo el caldo. Cuando se va á servirlo se echa nuevo caldo y un poco de pimienta, teniendo cuidado de que se espese un poco, que es la esencia de esta menestra.

Menestra de yerbas, llamada tambien sopa.

En sus respectivas estaciones se escogen lechugas y acederas, añadiendo á ellas un poco de perifollo y de acelga. Se pica todo y se pone á la lumbre con un trozo de manteca. Cuando esté todo bien incorporado y cocido, se remoja con cantidad suficiente de caldo de carne ó de vigilia, y se echa sobre el pan que esté ya preparado de antemano en la sopera.

Menestra de almendras.

Se ponen en agua hirviendo veinte y cinco ó treinta almendras dulces y dos ó tres amargas y al cabo de unos tres minutos se las saca y pela. Luego se las machaca en un almirez, humedeciéndolas con un poco de agua para que no salgan oleosas. Se hará hervir medio cuartillo de agua ó leche, que se derama sobre las almendras majadas, meneándolo todo, y se pasa por un tamiz ó servilleta para reunirlo despues á las menestras de arroz, fideos ú otras, segun se quiera ó se necesite; pero siempre en el momento preciso. Se le añade tambien carne de perdiz ó de capon picado con el caldo de almendras. Este es un primoroso restaurante de los estómagos descompuestos, y que no pueden sobrellevar alimentos sólidos. Siendo, pues, indispensable tomar algo para mantenerse y recobrar la salud, conviene casi siempre esta menestra, y debe tomarse cuatro veces á lo menos en cada veinte y cuatro horas, sea la que fuese la cantidad que cada uno pueda tomar á la vez.

Menestra de pescado.

Se tomarán dos pescadillas, una platija y un trozo de anguila de mar, cortada en trozos, y poniéndolos en una cazuela con media libra de aceite; se les añade una pulgarada de peregil, un diente de ajo, una hoja de laurel, un poco de hinojo y sal con el agua necesaria: se hace que hierva como un cuarto de hora, y en el momento de servirle se le añade un batido de yemas de huevo.

Idem de primavera.

Se toma cantidad suficiente de lechuga, verdolaga, acedera, perifollo y media cuartilla de guisantes frescos, y se pone todo en una cazuela, añadiendo manteca fresca, sal y pimienta, y se deja todo hervir á fuego lento; se pasa luego á través de un cedazo para estraer una sustancia clara, se echa dentro el pan, y se le deja por espacio de un cuarto de hora que vaya cociendo lentamente. Al momento de servirle se añade un batido de yemas de huevo.

Idem de diferentes sustancias.

Considerándolas generalmente, las sustancias son preferibles á los granos y á todas las plantas que los suministran, porque no queda de ellos sino la fécula que contienen, y porque su ollejo que se separa, no se digiere casi nunca: asi es que no se manda á los enfermos. Solamente los individuos sanos, y particularmente despues de un ejercicio violento, y con un estómago bien dispuesto, pueden hacer uso de ellos sin temor ninguno. Nosotros no dudamos designar todas sus preparaciones, sobre todo en la confeccion de las sopas ó menestras, á las que dan mucha mas consistencia. Tambien se las emplea solas, y para servir de adherente á gran número de sustancias alimenticias, como igualmente para aumentar el espesor de las salsas, con las que no se recela asociarlas jamas.

NOTA.

El próximo número contendrá *Una estravagancia*, por D. Santiago Casilari; *Las melenas* por D. Wenceslao Ayguals de Izco; *El poeta dramático* por D. Antonio Gil y Zárate, y otra composicion de D. Juan Martinez Villergas. Habrá dos escelentes caricaturas.

Sale una entrega cada domingo al precio de DOS REALES, asi en Madrid como en las provincias; advirtiendo que los suscritores de estas deberán adelantar el importe de *cuatro* entregas lo menos.

PUNTOS DE SUSCRICION. En MADRID en la imprenta de la *Sociedad literaria*, calle de san Roque, núm. 4, y en las librerias de *Cruz*, de *Razola* y de *Denné é Hidalgo*.—EN LAS PROVINCIAS en Correos y demas comisionados de la GALERIA REGIA.—No se admite correspondencia que no venga franca de porte.

La Risa no admite el cambio; pero se enviara *gratis* á cuantos periódicos tengan la bondad de anunciar y recomendar las entregas á medida que se vayan publicando.

Madrid.—1843.

IMPRENTA DE LA SOCIEDAD LITERARIA.